

HOMBRE DIGNO

Conversación con un hombre digno

Premio: ENTREVISTA
por María Esperanza ADÁN SANTOS
y Raúl REYES FERNÁNDEZ

Premio
VIII Concurso
de Periodismo y Literatura

-UN DÍA UNA SEÑORA ME DIJO:
“Ay, ser ciego debe ser lo más triste que hay”, y yo le respondí: “No sé qué decirle, porque yo no he tenido tiempo ni para pensar en eso.”

Rafael O'Reilly Cazañas vive humildemente en un barrio del municipio Playa, en La Habana. Es negro, y tiene 81 años, el mismo tiempo que no ha podido apreciar la claridad de la luz física. Enviudó hace siete años.

-El 22 de abril de 1964 me casé con Caridad Ramón, después de unos cuantos años de noviazgo en Varona Suárez. Ella era también ciega. Había sido abandonada por su madre al nacer y vivió siempre de la caridad y el afecto de los demás. Cuando nos casamos, aprendió a cocinar y se mantuvo alentándose durante los 33 años que vivimos juntos. Era una mujer dulce, sencilla y bondadosa, y muy querida por todo el mundo.

No tuvo hijos. Ahora vive con su hermana Emma, que se ocupa de las tareas domésticas.

Sobre la puerta de su casa, desde hace más de treinta años, dos frases clavadas reciben a los visitantes. Una, martiana, que él considera “Principio fundamental de nuestro Apóstol”, y así allí lo pone. La otra reza sencillamente: “Sólo Cristo salva”. Ya en el interior de la sala, en presencia de la bandera y el mapa de Cuba, el pequeño busto de Martí y los retratos de nuestros próceres, nos adentramos en el mundo de un cubano

**Los fanáticos comenzaron a decir
que no se le debía llamar Apóstol,
sino Héroe Nacional.**

**Y yo digo que Martí será Héroe Nacional
en todas partes,
pero en mi casa es El Apóstol.**

que siente un amor profundo por su país y necesita exteriorizarlo, como para que los que disfrutamos de la vista podamos conocerlo bien, e impregnarnos de su sentir.

Entablamos una larga charla. Rafael tiene una memoria extraordinaria y recuerda hasta el mínimo detalle nombres, fechas, lugares y sucesos acaecidos hace más de 60 años. Conoce tan bien a su ídolo, Martí, que refiere sus opiniones sobre cada tema que tratamos y repite de memoria fragmentos de sus discursos, cartas, artículos y poemas.

Hablando de su infancia y juventud, nos llena el relato de anécdotas. Se muestra alegre y vivaz al rememorar las muchas batallas que ha librado.

-Rafael, usted ha vivido intensamente, pero ¿cuáles considera que han sido los hitos en su vida?

-Quiero comenzar diciendo que, cuando yo tenía catorce o quince años, dije: -“Cuando yo tenga buena vista, aunque sea a los treinta años, aprendo a leer y a escribir.”

Yo nací en quemado de Güines, el 18 de abril de 1924, en una de las familias más pobres del pueblo. Éramos cinco hermanos; uno de ellos, Arnaldo, también ciego. La vida que yo llevaba allí era muy miserable. Imagínense que andaba sin zapatos, con una muda de ropa de “apéame uno”, de cañamazo. Yo me tenía que acostar temprano los sábados para que mi mamá “hiciera la paloma” y amanecer el domingo limpio.

Un día, una conocida de mi mamá, que era socia protectora del Hogar Santa Lucía, en La Habana, le recomendó que enviara allá a mi hermano Antonio que era mayor. Pero

yo también quería venir, y cuando escuché de los preparativos para el viaje, me puse mis “va que te tumbo”, los zapatos que me ponía para hacerle los mandados a una vecina y dije: “No me los quito más”. Así que vinimos los dos para La Habana.

El ingreso allí fue un cambio muy importante para mí. Yo tenía diecisiete años y siempre había dormido en piso de tierra, con techo de zinc, sin corriente eléctrica. Cuando me vi durmiendo en una cama con dos sábanas, colcha y almohada, en lugar de los ajares de lona y saco que teníamos en casa, empecé a sentirme persona. Al día siguiente fuimos con un oculista, el primer especialista que nos veía. Enseguida se dio cuenta de que el caso era perdido y nos mandó un jarabe parecido al yodo tánico para entretenernos.

En Santa Lucía comencé a entrenarme como cobrador de los socios protectores, y llegué a ganar más en un mes que en Quemado en un año. Ya me vestía como nunca pensé: pantalones de sharkskin, camisa de multifilamento y zapatos de corte bajo. Ahí fue donde alguien me habló de Varona Suárez, la institución para ciegos de Marianao, y para allá me fui, con mi ansia de aprender, a pedir ingreso. Me dieron una planilla donde mi familia debía poner con cuánto podía contribuir, y yo, que cuando aquello no me sabía defender, rechacé el ingreso y le envié una carta a mi mamá donde le decía: “Yo no tengo la culpa pero me da sentimiento ser analfabeto. Seguiré luchando por resolver el problema de la vista y por entrar en algún lugar para aprender, aunque no sea Varona Suárez.”

Más adelante conocí a un señor llamado Lázaro Zarza, que me enseñó a leer y escribir en Braille. ¡En cuatro meses aprendí! ¡Qué contento me puse! Creo que esa fue la mejor etapa de mi vida. Llegó un momento en que ya Santa Lucía me quedaba chiquita y me fui para otra institución para ciegos en La Víbora, La Caridad Protectora. Estando allí

reanudé mis estudios con Blas Pérez y Zacarías Albisa.

-¿Quiénes eran estas personas?

-El primero era un ciego que, vendiendo ambulante, se doctoró en Filosofía y Letras y en Derecho. Albisa era un pedagogo ciego, que vivía en Los Pinos y tenía una biblioteca circulante en Braille, y además un programa en la emisora RHC Cadena Azul que se llamaba Programa Interamericano para Ciegos, adonde yo fui varias veces. Él me dio clases gratis, me regaló la regleta para escribir en Braille y también comenzó a enseñarme inglés. Más adelante, me mandó a estudiar a la Academia 65, donde terminé la primera enseñanza como alumno eminente, y eso que yo era el único ciego.

Zacarías Albisa me dio una carta para el periódico El Mundo, donde se publicó una nota en julio de 1949 pidiendo que se me facilitaran billetes de la renta de la lotería para poder pagarme un lector y comprar una máquina de escribir, o que se me concediera una beca para continuar mis estudios.

Ese año me lancé a una intensa campaña periodística. Me entrevistaron en Radio Salas, “Tribuna Libre a Todas las Opiniones”; en Radio Progreso; en los diarios Alerta, Excelsior, El Mundo, El País, El Crisol. Guido García Inclán publicó un artículo en Prensa Libre, en su espacio “Arriba Corazones”. Gracias a esta campaña recibí de una señora filantrópica 80 pesos para comprarme una máquina de escribir, dinero que más adelante le devolví. Por medio de la columna “Album Capitalino”, de El País, obtuve un tocadiscos con un juego de discos para estudiar inglés.

Por esta época matriculé en el Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales, llamado también Universidad Popular Juan Clemente Zamora, donde yo era el único alumno ciego y me gradué con notas sobresalientes. En el año 1953 ingresé en el Seminario Martiano de la Universidad de La Habana, en el

Curso Elemental de Estudios Martianos, y me gané una beca para el Curso Superior. También me gradué de Idioma Inglés en la Arthur Evening Academy y continué cursos de postgrado en el Centro Especial No. 1 de ampliación y Perfeccionamiento de Idioma Inglés.

En el año 1951 había conseguido el ingreso en Varona Suárez como interno para estudiar mecanografía. Mientras, estudiaba también afuera con maestros particulares que ya me podía pagar. Aprendí mecanografía en inglés y transcribí al Braille el libro de texto de Hamilton.

Además, pasé estudios bíblicos por correspondencia. Una emisora radial del Ecuador, la Academia Cristiana del Aire, me mandaba los materiales, que fueron seis cursos de veintidós lecciones cada uno. También tomé algunos cursos de Historia en la Fragua Martiana, estudié por la libre un curso de Procurador Público y devoré toda la bibliografía activa y pasiva de Martí, pues llegué a tener hasta cinco lectores. Quise matricular Periodismo en la Escuela Manuel Márquez Sterling, pero esa era una carrera muy especulativa y no me admitieron. Como si fuera poco, al mismo tiempo era vendedor ambulante de muchas cosas: billetes de lotería, revistas, artículos de quincalla... Creo que no me volví loco de milagro.

Cuando triunfó la Revolución, los vendedores de billetes de lotería nos integramos al INAC, y allí pertenecí a una cooperativa de impedidos. Al disolverse el INAC, comencé a recibir una pensión que se ha ido incrementando hasta hoy.

Trabajé también en una escuela taller que se llamaba Sierra Maestra, donde aprendí varios oficios: fabriqué talco, armé cajas de cartón, y con yarey hacía jabas, sombreros, cosas así.

-Rafael, usted es un cristiano practicante. ¿Cuál es el origen y el sentido de su sentimiento religioso?

-A mí me bautizaron al mes de nacido “para que no muriera judío”. Como mi mamá había perdido dos

criaturas por el cólico, y a mí también me había dado, se esperaba que yo también muriera, pero de todos los que se reunieron allí para esperar mi muerte, el único que sobrevive soy yo.

Me convertí al Evangelio a los veintiséis años, gracias a un señor llamado David Oliva, misionero por la Iglesia Evangélica. Él me explicó lo que era la conversión, y ahí empecé a leer y a estudiar la Biblia profusamente. En el Evangelio de San Mateo, que fue le primero que leí, hay un versículo que tocó mi corazón: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.”

Asistí al Seminario Evangélico Los Pinos Nuevos, donde me coordinaron cursos por correspondencia desde Ecuador, y me convertí en predicador laico.

Empecé en un asilo de Casablanca, que se llamaba General Peraza y luego prediqué durante treinta años en diferentes lugares, hasta la Iglesia Evangélica Los Pinos Nuevos, de Playa, de donde soy miembro. Yo he leído mucho, pero cuando hago labor misionera recomiendo, particularmente, entre otras lecturas, la biografía de Teresa de Jesús y La Ciudad de Dios, de San Agustín.

-Y Martí, ¿cómo se ha convertido en referente constante, casi en centro de su vida?

-Yo nací en la calle Martí y asistía cada 28 de enero a las paradas escolares que terminaban en el Parque Martí, pero lo que me inspiró más fue la letra de la canción Clave a Martí: “Martí no debió de morir, ay de morir, /hoy fuera el maestro del día/ la patria se salvaría/ y Cuba sería feliz.” Eso me sirvió para darme cuenta de que, si se hubieran aplicado sus ideas, Cuba sería feliz.

Yo estudié bien a Martí, para luego difundir sus ideas. Como dice Rafael Argilagos en su libro Granos de Oro: “... inculcar sus creencias, mostrar su alma vigorosa y pura es un deber patrio.” Eso fue lo que pensé; que era mi deber patriótico.

Con el respaldo de Gonzalo de Quesada y Miranda, director y fundador del Seminario Martiano, estuve tratando durante muchos años, antes y después de la Revolución, de obtener un nombramiento oficial para impartir conocimientos sobre Martí, pero nunca lo conseguí. Me dediqué a brindar conferencias de forma voluntaria en muchos lugares; en centros de trabajo y diferentes reuniones donde me lo han pedido.

-¿Y tiene publicaciones en particular en algún órgano de prensa?

-He publicado artículos en las revistas Ariguanabo; Selva Habanera, del Club de Leones de La Habana; Patria, órgano oficial de la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano; Faro, órgano de la ANCI (Asociación Nacional del Ciego). He dado conferencias en escuelas de todos los niveles educacionales, en la Universidad de Holguín, en fábricas, centros de salud y de prestación de servicio; en bibliotecas e inauguraciones de rincones martianos. En 1960 trabajé en el programa El saber en marcha, en la emisora CMZ, del Ministerio de Educación. En los últimos años he seguido impartiendo conferencias.

En 1974 la Academia de Ciencias me auspició un viaje a la tumba del Maestro y a otros lugares históricos de Santiago de Cuba.

-Rafael, acerca de la frase martiana que preside la entrada de su hogar, ¿por qué precisamente esa?

-Fíjense en la enseñanza que tiene esa frase: “Yo quiero que la Ley Primera de nuestra República sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.” Y pongo: “Apóstol José Martí”, porque los fanáticos comenzaron a decir que no se le debía llamar Apóstol, sino Héroe Nacional. Y yo digo que Martí será Héroe Nacional en todas partes, pero en mi casa es El Apóstol. Con esa frase se adelantó a la Declaración Universal de Derechos Humanos y también con su concepto

de libertad, cuando dijo: “Libertad es el derecho de todo hombre a ser honrado, a pensar y hablar sin hipocresía”. Dijo además Martí: “Un hombre que no dice lo que piensa no es un hombre honrado”, y también: “El primer deber de todo hombre es pensar por sí mismo.” Todo esto tiene que ver con el decoro y la dignidad plena del hombre.

Yo pienso, como el inmenso Martí, que en esa dignidad de cada hombre está el fundamento de una sociedad próspera y feliz, “con todos y para el bien de todos”, como él soñaba.

-Con respecto a la ceguera, Rafael, ¿esta lo ha llevado a experimentar algún tipo de resentimiento?

-No, nunca me quejé de ser ciego. Gracias a Dios, me mantengo. Nunca estoy bravo; siempre estoy alegre y gozoso, con una firme creencia en la vida ultraterrena y en la salvación del alma.

-Ahora, recién cumplidos los 81 años, ¿qué piensa del camino que ha recorrido?

-Bueno, yo no habré logrado lo que quería, pero me he superado al punto de codearme con muchas personalidades públicas. Yo había dicho que aunque tuviera treinta años aprendería a leer y a escribir, y ya a esa edad era graduado de segunda enseñanza y de inglés, y estaba enfrascado en estudios bíblicos y martianos. En un tiempo todo el que quería solicitar un nombramiento o algo así venía para que yo se lo redactara. Todavía mucha gente me llama para hacerme consultas; me preguntan muchos datos sobre Martí.

Yo soy un estudiante vitalicio, y he aprendido mucho sobre la diabetes, por ser la enfermedad que padezco. Nada humano me es ajeno. Por todo me intereso.

Para terminar, aunque nadie me está emplazando, déjenme decir, como Martí en carta a Enrique Collazo: “Si mi vida me defiende, nada puedo alegar que me ampare más que ella.” Ω